

MURALISTAS

MEXICANOS MODERNOS



Pintura al fresco del siglo XVI, realizada por artistas nativos bajo la dirección temática de los frailes, en el convento de Teitipac, Oaxaca.

HAY en México una gran tradición mural decorativa, que proviene del gusto de los primitivos pobladores del país. No es una exageración decir que en los tiempos más antiguos, en la época precolombina, mucho del interés del edificio—templo o palacio—radicaba más en el aspecto decorativo que hemos señalado, que en el estructural y constructivo.

En los primeros tiempos del siglo XVI, los frailes tuvieron una visión certera de esta necesidad del indígena y la aplicaron con gran intensidad, aprovechando los conocimientos técnicos de los pintores indios en la representación de imágenes y temas que se relacionaban, sobre todo, con las nuevas ideas religiosas predicadas por los frailes y misioneros. Pero, como se sabe muy bien, la estructura de las nuevas construcciones religiosas era por completo diversa de la que hacían los indígenas: una mezquita o una tumba romana puede aprovecharse para el culto católico, pero no pasa lo mismo con un teocalli ni con un palacio precolombino. Y, sin embargo, la necesidad decorativa de los indígenas iba a aplicarse a las nuevas construcciones eclesiásticas.

Es verdaderamente sorprendente ver con qué amplitud de criterio los primeros evangelizadores llevan a pintar al interior de los templos y a los muros de los conventos, a esos pintores indios que aplicarían sus tradicionales conocimientos de pintores al fresco. Las paredes de los nuevos edificios, lisas y anchas, se llenaron de figuras, de historias, de retratos, de frisos, en superficies que equivalen a muchos kilómetros cuadrados de pinturas. Con todo y la destrucción del tiempo y el abandono de los hombres, todavía se conservan muestras de esas pinturas, de las cuales reproducimos un detalle de la de-

coración indígena del convento dominicano en Teitipac, Oaxaca, recientemente descubierto por el autor de las presentes líneas.

Múltiples peripecias—de orden político y de gusto artístico—, entre las cuales podemos señalar el poco gusto que hubo más tarde por la pintura al fresco, y las limitaciones que tuvieron para ejercitar su arte los pintores indígenas hicieron que desapareciera en México, salvo excepciones, la pintura mural. Pero se imponía su renacimiento como una verdadera necesidad, que expresó más claramente que nadie el insigne historiador mexicano y crítico don Bernardo Couto, un poco avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Lo muy importante es que Couto señaló las grandes posibilidades de los muralistas mexicanos al fresco—que es casi la única forma de ser muralista—en una época en que en ninguna parte del mundo se practicaba esta técnica, por completo en des crédito.

El renacimiento del muralismo mexicano debe atribuirse al impulso que don José Vasconcelos dió a las artes plásticas, orientándolas en definitiva hacia el decorado de los grandes edificios públicos. Esto, en lo que llamaríamos aspecto administrativo. Pero se debió también al entusiasmo, decisión e intrepidez de los pintores mexicanos, que, sin distinción de ideologías y sin preocuparse por diferencias de edades, se lanzaron verdaderamente sobre la oportunidad que tenían delante, sin detenerse por la dificultad de los problemas técnicos, para reencontrar la tradición muralista nativa, unida a las soluciones de los fresquistas europeos, especialmente del medioevo italiano.

Alva de la Canal—que fué el primero que reencontró la fórmula para pintar al fresco—, Diego Rivera—que entonces

pintaba a la encáustica—, José Clemente Orozco, Cahero, Fernando Leal, Jean Charlot y otros fueron ese grupo de pintores que, sin otra liga real que su propio entusiasmo estético, se lanzó a hacer una obra cuya trascendencia en un principio no alcanzaron a vislumbrar. Y fué por el trabajo de todos ellos por lo que resurgió el muralismo mexicano y por lo que todo pintor de nuestro país tiene de nuevo como suprema ambición enfrentarse con los grandes problemas del muro pintado al fresco.

La temática de estas pinturas ha respondido a las líneas generales de la política mexicana, porque, como se sabe bien, originariamente se decoraron sólo edificios públicos: Vasconcelos quiso, en el edificio de la Secretaría de Educación, levantar en pinturas el canto a la educación rural, a la educación popular; Lázaro Cárdenas se propuso, en cambio, hacer por medio de pinturas el elogio de la vida del insurgente Morelos, y los dos ordenaron a sus pintores el trabajo por realizar y pusieron la marca de sus ideas.

El más fecundo de los muralistas mexicanos es, indudablemente, Diego Rivera y también uno de los más técnicos en la composición de algunos de sus gigantescos trabajos. Por desgracia, para satisfacer esa necesidad de pintar, no siempre ha sido Diego coherente consigo mismo, lógico con las ideas que dice profesar, y por eso quizá su temática en los últimos tiempos ha resultado bastante monótona y sin la potencia vital de sus pinturas primeras, de las que reproducimos algunos ejemplos. Pero es indudable que tanto desde el punto de vista del color como desde el punto de vista de la composición y el dibujo, este maestro tiene obras perfectamente equilibradas, algunas de las cuales tienen que considerarse como definitivas en la historia nacional del arte.

Es también muy interesante el caso de José Clemente Orozco. Creo que es el único y verdadero nihilista que yo conozco, porque es uno de los más enérgicos individualistas que hay entre nuestros pintores, y con eso decimos todo. Orozco es un verdadero rebelde contra muchas convenciones socia-



Arriba: Mercado mexicano —tianguis— pintado por Diego Rivera, al fresco, en los muros de la Secretaría de Educación en la ciudad de México.

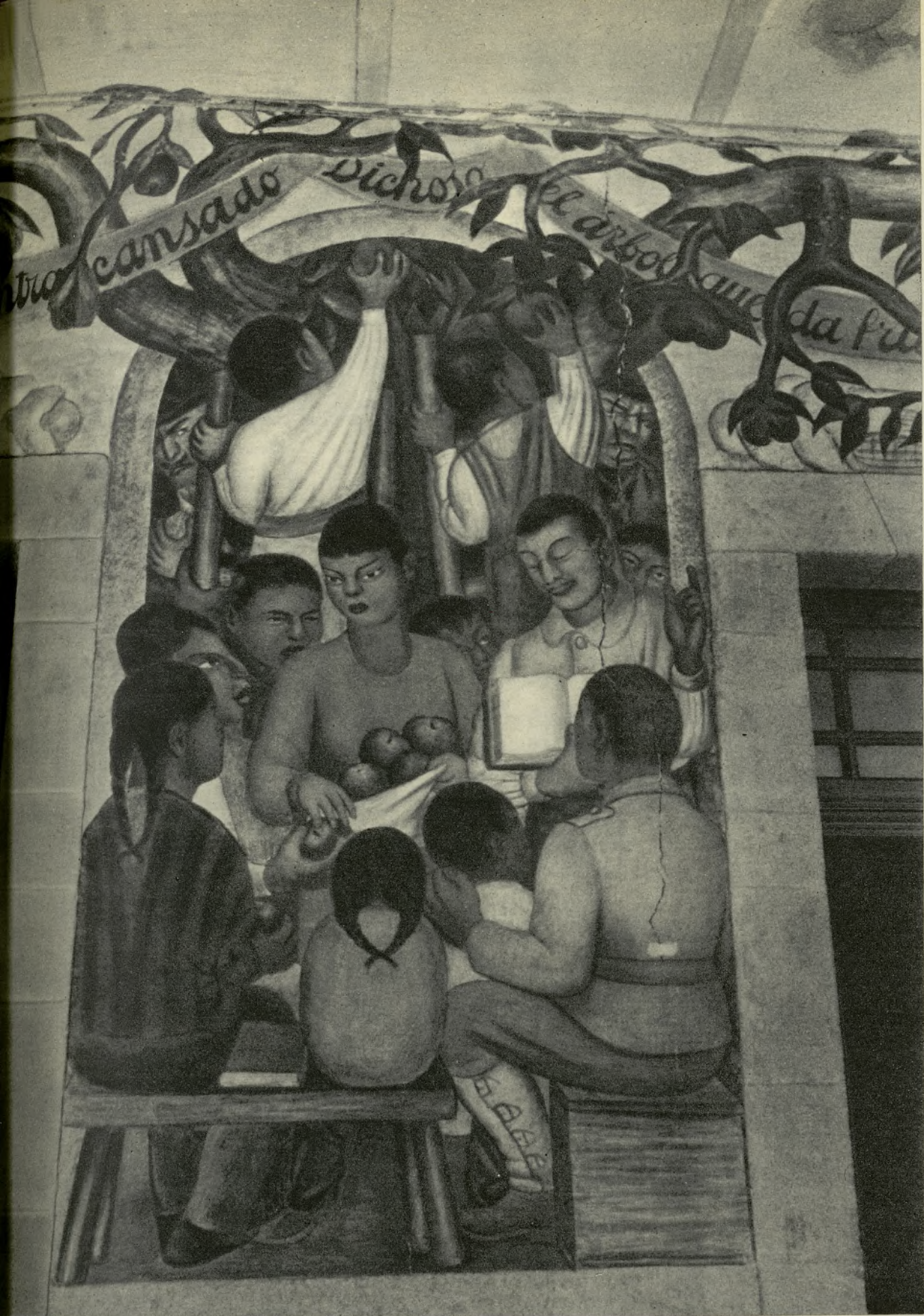
A la izquierda: "La Trinchera", pintura al fresco del maestro José Clemente Orozco, en los muros de la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad de México.

En la siguiente página. Arriba: El reparto de los frutos, en la pintura al fresco "El Corrido", de Diego Rivera, en los muros de la Secretaría de Educación.

Abajo, a la izquierda: Un bautizo indígena del siglo XVI, apadrinado el cacique indígena por una familia española, pintado por Fernando Leal, al fresco, en la capilla del cerro del Tepeyac.

A la derecha: Fray Juan de Zumárraga escucha la narración de la aparición guadalupana, en la pintura al fresco que ejecuta Fernando Leal en el cerro del Tepeyac, de México.





les, especialmente las creadas por el ambiente liberal; enemigo de todo lo que parezca farsa y en abierta oposición contra todo lo que quiera detener su temperamento apasionado y genial. Resultaría absurdo—ya que es nihilista por temperamento—tratar de hacer un esquema de sus radicalismos políticos o artísticos, pero sí pueden verse en sus obras los rasgos de una emocionada y justiciera visión del mundo, no obstante sus errores ideológicos. Orozco es el drama en el arte: poco le preocupan los problemas de la composición; para él dibujo y color—y color lleno de sombras con rojos de tierra y azules profundos—no son sino instrumentos de su mensaje apasionado, de una percepción pictórica llena de fortaleza.

Otro caso completamente distinto es Fernando Leal: bastante más joven que los dos anteriores, ha sido víctima del paso triunfal de los «pintores políticos», lo que es muy largo de explicar. Pero el hecho que nos interesa es que Leal ha vuelto a pintar en las iglesias mexicanas pinturas al fresco, unas con alegorías o representaciones religiosas y otras con fragmentos de esa misma historia, dentro de la monumentalidad de este arte, lo que no se hacía en la escala en que él lo hace, por lo menos durante dos siglos: ni en el XVIII ni en el XIX mexicanos y quizá no sólo mexicanos. Leal va por su nuevo camino de la pintura religiosa con mucha sabiduría, inspiración y seguridad.

Tiene especial maestría para solucionar los problemas de composición y es exacto en su dibujo. Pero su principal preocupación es, dentro de las limitaciones de esta pintura, resolver los problemas de color, encontrar satisfactoria solución en su pintura para las transparencias, enriquecer, en una sola frase, lo que hasta hoy se ha logrado dentro de la luminosidad del fresco.

Difícil asunto, que sólo puede preocupar dentro de un muralismo maduro.

L U I S I S L A S G A R C I A
E x c l u s i v o d e A M U N C O

